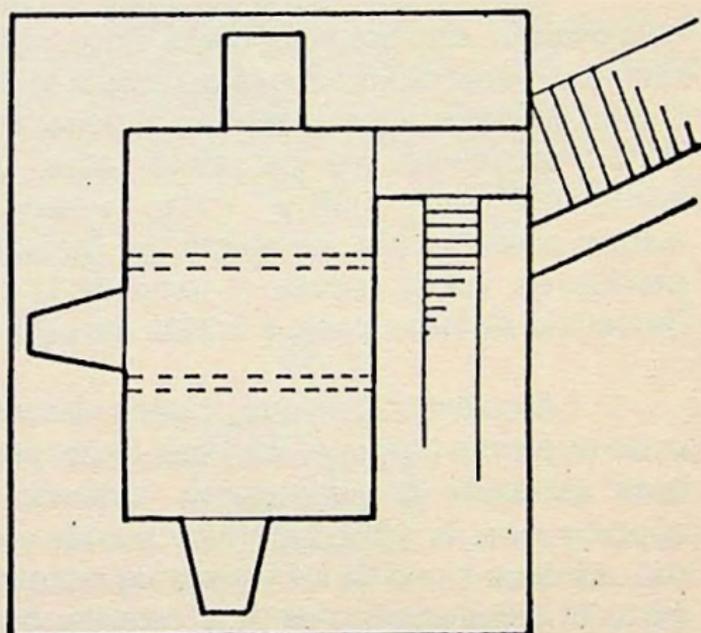
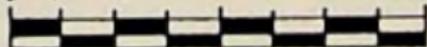


# CASTILLO DE BARCARROTA

Breve Repaso a su Historia



0 1 2 3 4 5 6 7 8 m.



BARCARROTA. Planta de la Torre del Homenaje.

Dos Rombos  
&  
Los Marochos

## El Castillo de Barcarrota

Más que un castillo, se trata de una fortaleza, puesto que fue concebido por sus constructores como un recinto amurallado capaz de contener a los habitantes del contorno durante un hipotético asedio, constando tan sólo de una mínima parte habitable permanentemente.

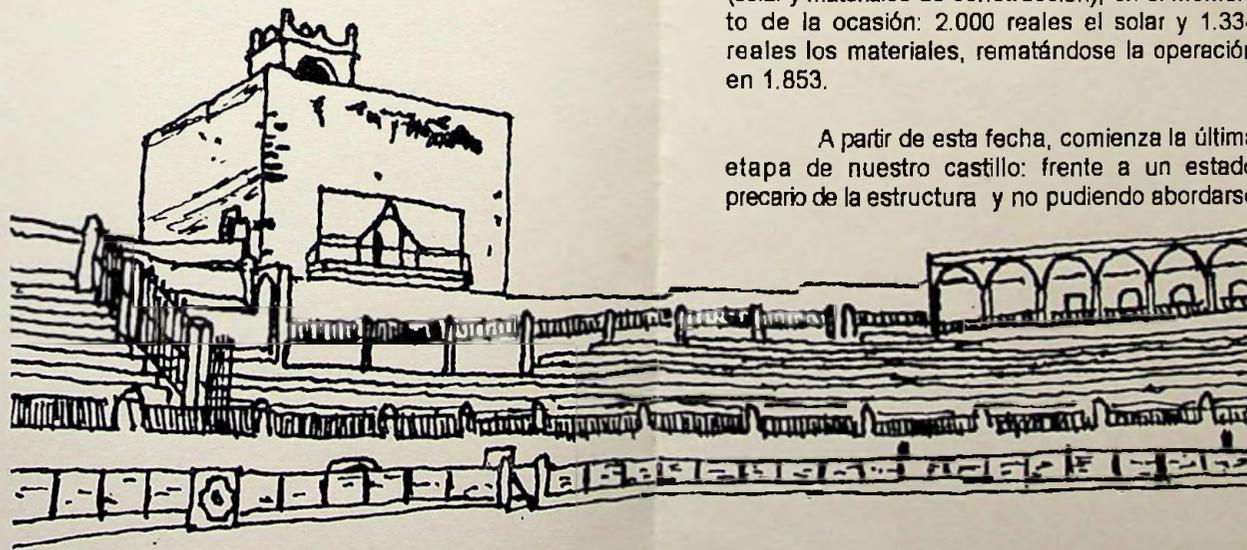
Contra lo que pueda pensarse, no es una obra cristiana, sino árabe, o, mejor dicho, almohade, tribu beréber que invade la península en 1.146 y que, en pocos años, reafirman el poder árabe, ya en decadencia, de los reinos taifas. Debió construirse entre 1.150 y 1.175, temiendo un ataque cristiano que, en efecto, no tardaría en producirse, apoderándose el reino de León de Barcarrota definitivamente a finales del siglo XII.

Arquitectónicamente, puede describirse como un recinto poligonal, con seis torres prismáticas adosadas a los ángulos, teniendo una séptima torre, la albarrana (más grande y exterior), adosada a uno de los lienzos de muralla. Su material arquitectónico es muy sencillo, básicamente sillares y mortero, esto es, piedras grandes en los ángulos y mezcla de cal y piedras más pequeñas en los lienzos de muro. Parece que pudo estar almenado, aunque por las descripciones que conocemos, las almenas no aparecen citadas en documentos escritos ni representadas en documentos gráficos.

La torre albarrana, también llamada "del Homenaje", fue la única concebida para ser habitada de forma permanente, al menos en una planta baja y otra superior. Con supuestas reformas y añadidos ya de época cristiana, se conserva en la sala superior un solo habitáculo (quizá antes dividido en dos habitaciones o "cámaras") con dos arcos ojivales muy sobrios, uno de ladrillo

y otro de sillería. Parte del habitáculo bajo pudo ser la actual enfermería, con bóvedas de cañón construidas con piedra, auténtica obra de sabiduría constructiva.

Las seis torres restantes servían para vigilancia y defensa, estando comunicadas entre sí por los pasillos de ronda o adarves y situadas a unos 20 metros de distancia una de otra, distancia que se calculaba por el alcance de las armas disparadas o arrojadas desde las mismas, de manera que no quedaran ángulos muertos. Es fácil que, al menos en tiempos almohades, la murallas estuviesen encaladas exteriormente, ya que era táctica de los mismos el deslumbrar a los enemigos con este sistema. Para una mayor seguridad defensiva, instalaban torres en el exterior (atalayas) para vigilar la llegada de los enemigos por donde estimaban que podían llegar, así como talar los árboles en la citada zona de peligro de llegada, para evitar emboscadas y ganar visibilidad. Dicha zona, conocida como el Egido, ha pasado al lenguaje popular hasta nuestros días como "El Lajío".



No pensemos que la función defensiva del castillo se quedó en la época de los almohades o la reconquista cristiana. Sucesivamente, las guerras civiles que sostuvieron los castellanos, sobre todo la de la sucesión al trono de Enrique IV, entre partidarios de la Beltraneja y los de Isabel la Católica, hicieron más de una vez a los habitantes de Barcarrota buscar refugio entre las murallas de la fortaleza. Incluso en el siglo XVII, Barcarrota sufrió asedios de los portugueses, que incendiaron y saquearon casas, obligando a los habitantes a refugiarse en el castillo.

La posesión del castillo unida intrínsecamente a la de la población, sus habitantes, impuestos, etc. pasó por diversas manos en etapas no siempre bien definidas: primero fue señorial, después pasó a la Orden de Alcántara, luego la encontramos como de realengo (propiedad del Rey), siendo objeto de venta por Carlos I a los Portocarrero, para pasar, finalmente, a la Casa de Montijo, que la cede a perpetuidad a la villa, a cambio de un "alquiler" consistente en los intereses del capital en que estaban valorado el castillo (solar y materiales de construcción), en el momento de la ocasión: 2.000 reales el solar y 1.334 reales los materiales, rematándose la operación en 1.853.

A partir de esta fecha, comienza la última etapa de nuestro castillo: frente a un estado precario de la estructura y no pudiendo abordarse

los gastos de una restauración, se opta por una alternativa propuesta, que no es otra que la de construir la Plaza de Toros. Esta se lleva a cabo a cargo de una Sociedad creada al efecto por particulares del pueblo, con la ayuda del Ayuntamiento, que invierte el dinero obtenido por la subasta de los fosos (realizada en 1.854) en acondicionar la Torre del Homenaje y realizar obras que faciliten la construcción del ruedo, terminando a finales de 1.857. De la misma época es el templete que aloja la campana del reloj.

Hasta nuestros días, ha sido objeto de reparaciones menores necesarias y, muy recientemente, la Corporación consiguió incluirlo como obra a realizar dentro del programa de Escuelas-Taller, lo que ha supuesto un adecentamiento muy importante, aunque insuficiente.

